mecida por el viento de la gloria, y quitas de ella la corona de laureles para colocarla como ofrenda votiva en la tumba sagrada de los que murieron por la libertad; tú, hombre de corazón, que conoces la grandeza de los sacrificios de la Patria: abre y lee.

Ahí está tu propia historia; ahí está el libro de tu alma ahí están las hojas dispersas que escribiera el dolor con sus lágrimas de fuego y que ha recogido el tiempo en sus arcas de bronce para hacerlas leer á las generaciones futuras.

Abre y lee... y cuando en las calladas horas de la noche, sentado junto al hogar, las recites á los hijos de tu amor... orgullosos de tener tal padre, diles que ésta no es una fábula inventada para entretener el ocio; sino la verdad, aunque disfrazada con el atavío de la leyenda.

Y que la guarden en su memoria para que la evoquen cuando esté próxima á extinguirse en su corazón la llama del patriotismo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

# LIBRO PRIMERO

## LA FLOR DE LA COSTA

### I

#### Alejandra

Los que no han recorrido esa hermosa tierra de promisión que se llama la costa del Pacífico, difícilmente podrán formarse idea de todo el encanto que encierra allí una tarde apacible del mes de Enero, cuando en otras partes un manto de nieve se extiende como una inmensa sábana que guarda el sueño de la naturaleza y que vela el misterio de la vida que debe aparecer en la primavera; las aves no cantan, el sol no brilla; los árboles, desnudos y sin verdura, oscilan tristemente al impulso de un viento que, frío y perezoso, cruza algunas veces entre el esqueleto de su ramaje, y se arrastra después, haciendo ondular la seca hierba de

los prados, y barriendo en los bosques los muertos despojos de los robles ó de las encinas.

La floresta es un inmenso cementerio, las llanuras un páramo, y el arroyo prisionero entre sus aguas congeladas, ni quiebra entre sus ondas puras los rayos del sol, ni deja percibir entre las flores su constante murmullo; silencio, muerte, soledad, he aquí lo que deja el invierno en donde alcanza con su mano seca y cubierta de escarcha, he aquí cómo conocen á Enero los que no han visitado la tierra caliente, la verdadera zona tórrida.

Era una tarde de Enero: el sol se hundía lentamente tras esa inmensa masa de aguas que se llama el Pacífico; sus rayos habían perdido su fuerza, y entre la bruma transparente que se levantaba de las ondas, el astro que no permite ni la mirada del hombre, semejante á un globo de metal candente, parecía flotar sobre la superficie de los mares, ondulando á merced de las olas que se levantaban soberbias y gigantes en alta mar, para llegar á morir humildes y dulces en la playa, besando tristemente el muro de arena, convertidas en raudales de espuma blanca como los pétalos de una azucena y brillantes como las estrellas del cielo tropical.

La brisa acariciaba las altas y graciosas copas de los palmeros, y los mangles se inclinaban voluptuosamente hasta tocar las aguas tranquilas y puras del estero, que reflejaba como un espejo sus mil y mil arcos, formando



infinitos y confusos laberintos, y entre los cuales pasaban de cuando en cuando tardos é indiferentes verdinegros caimanes.

Algunas chozas formadas de madera y cubiertas con hojas de cayaco, se miraban á la entrada del bosque y en donde venía á terminar la faja de arena que rodea al mar: pequeñas columnas de humo se escapaban de sus techos y se percibían algunas veces voces y cantos mezclados confusamente con las notas de un arpa.

En la costa todo el mundo canta: los tumbos del mar despiertan en el alma el deseo de la armonía: es imposible caminar en la playa mirando ese eterno movimiento de las aguas y escuchando ese eterno rumor de las olas, sin sentirse inclinado á mezclar su voz en aquel concierto que la inmensidad ofrece á Dios; es imposible descansar sobre una roca en la orilla del mar sin producir un canto, y el alma ofrece siempre algún recuerdo del pasado que saborear ó que llorar, mezclando con las notas de alguna música que ha tomado ya cuerpo ó alma en aquel mismo recuerdo, en aquel acontecimiento, que se ha identificado con él, que es ya él mismo, como la canción que cantaba nuestra madre en nuestro lecho de niño para llamar el sueño sobre nuestros ojos, ó las tiernas notas del aire favorito de la primera mujer que amamos en el mundo.

Por eso, sin duda, alegre y ligera, caminaba cantando por uno de los senderos del bosque y con dirección

á una vertiente de agua purísima que se deslizaba entre la hierba, una joven como de quince años. Era una morena esbelta y garbosa, pero con ese garbo que es propio sólo de las mujeres de las costas; sus ojos grandes, negros y brillantes, velados por largas y rizadas pestañas; sus dientes blanquísimos y sus encías nacaradas y frescas, hacían el contraste más delicioso con el óvalo perfecto de su rostro, al que sombreaba la más encantadora mata de pelo negro que haya podido imaginar el alma reflexiva de un pintor ó el calenturiento cerebro de un poeta.

Una camisa blanca y cuyas mangas y cuello estaban literalmente formados de encajes, de holanes y de esas mil curiosidades que inventa el sexo bello para soplar el fuego del amor ó del deseo, y una sencilla enagua azul, formaban todo su traje; pero en su garganta lucían hermosos collares de oro y de coral, y sus manos ostentaban con profusión sortijas y anillos de oro, con perlas, conchas y corales. Era sin duda la hija de una familia acomodada, rica tal vez; pero todas las mujeres en la costa trabajan, y por eso ésta caminaba ligera, llevando sobre su cabeza un cántaro que por un efecto de las leyes del equilibrio se mantenía allí sin el auxilio de las manos de la joven. Si un pintor hubiera podido verla, Rebeca hubiera nacido de su pincel, porque nada hay más gracioso, y pudiera decirse más bíblico, que esas niñas de la costa que van y vienen al arroyo, llevando sin sujetarlos



y en equilibrio sobre sus cabezas, grandes cántaros de agua, sin doblar la cerviz y sin perder por eso tampoco la gracia y la ligereza de sus movimientos.

La joven seguía el camino del río cantando alegremente una de esas lánguidas y melancólicas «malagueñas» que forman el encanto de aquellas gentes, y deteniéndose apenas para contestar el respetuoso saludo de algunos jóvenes que volvían contentos de su trabajo cubiertos con grandes sombreros de palma y vestidos con un ancho calzón y una camisa que flota á merced del viento del mar, pero llevando siempre pendiente del hombro izquierdo, con una correa de venado, el cortante machete cubierto con una vaina de cuero negro, y con una sencilla empuñadura de cuerno.

— Buenas tardes, Alejandra.

— Adiós, Pedro, contestaba la joven graciosamente; y seguía cantando:

Corazón, pues tú quisiste
Querer á quien no te amó,
Que vivas ó mueras triste
¿Tengo yo la culpa? No,
Corazón, pues tú quisiste...

Alejandra, con su sencillo vestido de la clase pobre de la costa, parecía una princesa: de seguro que sobre aquellos hombros descubiertos, tan torneados y mórbidos, hubiera podido sin rubor flotar una mantilla de blonda ó

un chal de cachemira, y los más aristocráticos borceguíes se hubieran encontrado dichosos aprisionando aquellos libres y desnudos pies que se iban dibujando sobre la tibia arena del arroyo.

Una mujer ya anciana, y que vestía con un traje semejante al de Alejandra, aunque sin llevar alhajas, llenaba su cántaro en el río. La joven se acercó familiarmente á ella y se inclinó á su lado para tomar también agua.

— Buenas tardes, tía Úrsula; ¡qué temprano ha venido usted hoy por agua!

— Estamos á seis de Enero, hija, y necesito retirarme temprano para rezar mis oraciones á los Santos Reyes; además, debes recordar, Alejandra, que hoy hace seis años que murió



Andrés, mi marido, y el pobre viejo me encargó que nunca dejara de rezar por él.

La vieja se limpió con sus pobres enaguas dos lágrimas que rodaban sobre sus secas y arrugadas mejillas.

— No llore usted, tía Úrsula, ó me va usted á hacer llorar á mí también, dijo la joven conteniéndose apenas.

— Vamos, no hay que afligirse; ello es, que ya pasó hace tanto tiempo, y Andrés estará gozando de Dios: ¡era tan bueno!

— Sí, tan bueno; como que me acuerdo el día que aquel *boga* se cayó privado al mar cerca del morro grande, cómo se arrojó á salvarle; era yo tan niña y parece que le estoy mirando.

Las dos mujeres pusieron los cántaros sobre sus cabezas, y comenzaron á caminar hacia el grupo de casas que se divisaba á lo lejos.

— ¡Ay, Alejandra! Yo ya estoy muy vieja, pronto me llamará la tierra; pero antes, en un día de estos, tengo que contarte mil cosas, hija mía, cosas que te interesan mucho...

— Pues, ¿por qué no va usted á la casa, tía Ursula?

— Lo que tengo que referirte es á ti sola, y no debes decir nada á don Plácido.

— ¿A mi padre?

— Sí, tu padre. Don Plácido debe ignorar todo, como

lo has ignorado tú hasta hoy en que creo que ya me reclama el cementerio, y que no puedo morir sin decírtelo; mañana, cuando salgas á traer tu agua, me llamas al pasar por mi casa, y en nuestros viajes yo te contaré; ahora véte, estamos ya cerca de tu casa y yo en la mía.

— Adiós, tía Ursula, hasta mañana.

— Adiós, hija mía, hasta mañana.

## II

### Don Plácido

Casi á la entrada de aquella pequeña población, se descubría la casa de don Plácido, el padre de Alejandra; era una especie de galera techada con esas magníficas hojas de la gigante palma que produce el cayaco, llamado vulgarmente coco de aceite. Esta galera, dividida por delgados tabiques, formados, como las paredes de la casa, de tejidos de ramas llenos de lodo, construcción muy general que los costeños llaman de «bajareque», contenía tres piezas destinadas para los diversos usos de la familia, graneros, cocina y recámara de las mujeres, porque los hombres dormían en un gran corredor que se extendía delante de la casa, sostenido por delgados troncos de árbol y con un cobertizo igual al de la casa. En este corredor, que los natu